

# La Novela Film

Núm. 106

30 cts.



Por el amor de un hijo  
por Anna Q. Nilsson

# LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción

Administración

Cortes, n.º 651

BARCELONA

AÑO II

N.º 106

HALF-A-DOLLAR BILL 1923

## Por el amor de un hijo

sentimental producción, interpretada por ANNA Q. NILSSON  
y WILLIAM P. CARLETON,  
entre otros



Marca LOEW-METRO



EXCLUSIVA  
del  
Programa Vilaseca y Ledesma  
S. A.  
Layetana, 53 - BARCELONA

## Por el amor de un hijo

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Arrullado por la canción del mar, vegeta en la paz y en la quietud el puerto americano de Southport.

Al caer la noche, los habitantes del mismo, marinos en su mayoría, acuden al único local de la población en que la luz no se escatima, la bebida no falta y toda clase de juegos tampoco.

El capitán Pedro Duncan, patrón del "Grampus", uno de esos graciosos veleros que se niegan a desaparecer ante la proa de los grandes trasatlánticos, era hombre de nobles sentimientos, de unos treinta y cinco años de edad. Criado y educado en el ambiente austero de los lobos de mar, para él la mujer era algo nefando, de lo que hay que huir como de un manantial de desdichas.

"Pata de Palo", lugarteniente de Pedro Duncan, y su cocinero y su amigo, sólo tenía ojos para ver a su jefe. Todos, en tierra y en mar, conocíanle por ese sobrenombre familiar, y a él no se le ocurría perder el tiempo en llorar la falta de su pierna.

Aquella noche, Pedro encontró a "Pata de Palo" en el bar de la población, y llegó a tiempo en dicho establecimiento para evitar que un ju-

gador al billar, a quien, sin querer, el lugarteniente había estropeado una jugada desviándole el taco, le dió algunos golpes para calmar su indignación.

—¿Se atrevería usted a pegar a este hombre, que no reune las condiciones necesarias para defenderse? —censuró Pedro al que pretendía castigar a “Pata de Palo” por su involuntaria torpeza.

El jugador, por toda respuesta, se encaró con Pedro, y éste, retándole con la mirada, rompió en su rodilla el taco del bravucón, que creyó prudente no buscar cuestiones...

Pedro empujó a “Pata de Palo” hacia la puerta de la calle, resistiéndose el muchacho a seguirle.

—Déjeme usted quedarme, patrón —le suplicó—. Si nos vamos mañana, bueno es disfrutar un poco de la vida.

Pero, quieras o no, Pedro hizo salir a su lugarteniente, para que no se lo “estropeasen” en el bar.

Raros son los forasteros que llegan a Southport por vía terrestre; por eso, para pasar desapercibida, que así convenía a sus proyectos, la joven Mary Webber buscaba la complicidad de la noche y de la lluvia.

¿Huía Mary de alguien?

Moviendo de un lado para otro la cabeza, y caminando de prisa, llegó Mary a la puerta de una casa de rico aspecto, y depositó en la penumbra de la misma una caja de cartón de grandes dimensiones, al abrir la cual apareció, sonriente, ajeno a la tragedia de su madre, un angelito de escasos meses.

Mary, madre infeliz obligada a renunciar al tesoro de su vida, contempló llorando amargamente a su hijito, y su alma exhaló estos suspiros:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... ¡Bien sabe Dios que sólo a la fuerza me separó de ti!

La criatura le tendía los bracitos como implorándole en su ingenuo lenguaje que no le abandonase.

Mary vaciló. No, no podía marcharse, dejando a merced de la caridad ajena a su hijo. Pero la miseria, la visión del martirio que sería para ella y para él el vivir juntos, sin amparo de nadie, sin más sombra de protección que la que le proyectaba la muerte para acogerlos en sus silenciosos brazos, la decidió al inmenso sacrificio.

En acopio de valor, huyó. Y allí, junto a la puerta de la casa de rico aspecto, quedó el niño en su improvisada cuna.

A poco, Pedro y “Pata de Palo”, dirigiéndose hacia la casa que habitaba en la población el primero, y en la que también vivía, como cocinero, amigo y todo lo que se quiera más, el excelente lugarteniente, ambos hombres oyeron, delante de la morada que Mary había elegido para abandonar a su hijito, algo parecido al lloriqueo de un niño.

Aguzaron el oído. “Pata de Palo” miró con sorpresa a su patrón, y como el llanto del huérfanito llegaba hasta ellos impreciso, muy confuso, dijole a Pedro:

—Son fantasmas, capitán... me juego la cabeza! ¡Por eso nadie quiere vivir en esa casa!

—Tú si que eres un fantasma! Vamos, sígueme.

Y, miedoso, "Pata de Palo" siguió a Pedro hacia la casa, en cuya puerta se detuvieron.

—¿Todavía está por alquilar esta finca? Pues sí que hace negocio con ella el propietario. Si no recuerdo mal, en el otro viaje que hicimos, también tenía el cartelito ese de "Se alquila" colgado en esa ventana.

—No todos son tan valientes como usted, capitán. En oyendo hablar de duendes, la gente se escabulle.

—Pero ¿quién ha sido el bromista que ha inventado esa leyenda de los fantasmas?

Una de las ventanas fué fustigada por el viento, y sus dos hojas se hirieron furiosamente en la pared. "Pata de Palo" se hizo atrás, casi con los pelos en punta, y exclamó:

—¡Cristo!

Pedro rióse escandalosamente, y al volver su vista hacia el zaguán de la casa, vió en tierra la caja de cartón en cuyo interior aguardaba el niño el alma caritativa que quisiera protegerle.

Pedro abrió la caja, sabiendo ya lo que iba a encontrar en ella, puesto que el niño, al oír pasos, se agitó en su encierro con afán de ser descubierto, y sin atreverse a levantar a la criatura, meditaba sobre lo que convenía hacer.

—La persona que dejó aquí a esta criatura, no sabía, sin duda, que esta casa estuviese desalquilada—comentó "Pata de Palo" comprendiendo el error de la madre.

El niño les miraba sin recelo, y esa confianza que se reflejaba en sus ojitos, agradó mucho a Pedro, que dijo a su amigo:

—Lo mejor que podemos hacer es llevarlo a casa y darle algo de comer.

Así lo hicieron, y cuando apenas hubieron desaparecido de la calle los dos marinos, Mary, con una angustia atroz en el alma, volvía a la casa de rico aspecto, para recuperar a su niño. ¡Oh, sí, sí! No quería renunciar a él por el tiempo que fuese necesario, porque sin él la vida le sería odiosa.

El brusco cambio operado en Mary era debido a haber contemplado, la infeliz, a una dichosa madre desnudando a su hijito y recreándose con las gracias del amor de sus amores. Todo se podía sufrir por una sonrisa, por una sola sonrisa de su hijo.

Pero había llegado demasiado tarde. El niño había desaparecido, y lo peor era que no estaba en la casa, porque, acababa de verlo con espanto, estaba desalquilada.

¿Quién se había apoderado del niño?

¿Dónde estaría?

\* \* \*

### *El Cielo se sonríe cuando se sonríe un niño*

Pedro y "Pata de Palo" llegaron a su casa, y su primer cuidado fué colocar al pequeño, del mejor modo posible, encima de la mesa. Le acariciaron, y contagiados de la dulzura de la paternidad, le hacían mimos de su cosecha, sin que ni uno ni otro tuvieran la ocurrencia de calificarse de locos ante los gestos completamente anormales en ellos que le hacían al infante.



*...y contagiados de la dulzura de la paternidad, le hacían mimos de su cosecha...*

—¡Miren qué simpático es el pequeñín!... Y digo pequeñín, porque espero que no nos habrá regalado la Casualidad una señorita...—dijo con voz chillona el lugarteniente.

—¡Ojalá aciertes, “Pata de Palo”! ¡Las mujeres no nos interesan!—contestó Pedro, que no tardó en recibir una alegría al “enterarse” de que el niño era “niño”.

Pero como ni Pedro ni “Pata de Palo” habían sido en su vida “niñeras”, el chiquillo pasó un mal rato mientras ellos buscaban la manera de no hacerle daño ni causarle la menor molestia.

En las ropas de la criatura había este papel, que Pedro leyó en voz alta, para que “Pata de Palo” se enterase de lo que decía:

*No es este niño hijo del pecado, sino de una unión legítima. Mi marido me abandonó; yo he luchado todo lo posible por sostener a mi hijo, pero ahora, al cabo de seis meses de su nacimiento, me declaro vencida. Si un día puedo, volveré a buscarnos, y para darme a conocer entregaré la otra mitad de este billete de un dólar.*

Pedro se apiadó de la criatura, y estaba decidido a convertirse en su padre, para que no encontrase a faltar el cariño alentador que le había negado su verdadero padre y que no había podido darle su madre.

—Hay que buscarle algo de comer al niño—dijo Pedro—. Por ahí debe haber jamón, huevos, y alguna otra cosa. Vete a comprar lo que sea. Espera. Iré yo. Entretanto, prepárale al niño una buena cuna.

Marchóse Pedro hacia la más próxima tienda, para mercar provisiones de boca para el niño, pero al regresar a su casa no traía más que botellas de leche.

—¿Va usted a hacer crema, capitán?—preguntó “Pata de Palo”.

—Esto es para el niño. Me dijeron en la tienda que los huevos, te los rompa a ti en la cabeza.

—¡Arrea! Podía usted bajar un poco, y aprovechar mi pierna de palo.

—¿Dónde está el chiquillo?

—Venga usted, capitán. Ahora verá usted si sirvo o no sirvo para ama seca. Le he fabricado una cuna, que se debe estar lamiendo los dedos de gusto. Mírele usted, ahí, en el primer cajón de la cómoda. ¿Qué le parece?

—¡Loco! ¡Quieres asfixiarlo!

Pedro sacó al niño del poco higiénico lecho, y le improvisó uno en la mesa, aprestándose a darle leche.

No tenía biberón, para llenárselo, ni tetina para ponerla en una botella cualquiera. ¿Qué hacer? El niño no quería la leche en un vaso.

“Pata de Palo” era hombre de ideas, buenas o malas, pero siempre guiadas por la mejor intención, y acordándose de que tenía una pipa, utilizó el canuto de la misma, no oponiéndose a ello Pedro, pues la pipa era nueva y no había pasado aún el humo por ella.

El niño chupó con buen apetito, y cuando su estómago quedó satisfecho, quedóse dormido en los brazos de Pedro, que jamás había sentido la inefable dulzura de arrullar a una criatura, acariciando su carne rosada.

“Pata de Palo” le contemplaba con cariño, y enviándole el calor del niño, le dijo:

—Capitán, declaro con la mayor seriedad que ha nacido usted para ama seca. Pero ahora déjeme usted a mí; es mi turno.

—No grites, que lo vas a despertar. Ya tendrás ocasión de tenerlo y de cansarte de tenerlo, porque ahora mismo acabo de pensar formalmente lo que he de hacer: seré su padre.

—¡Bravo! ¡Esto es hablar bien!

—Siempre he soñado con tener un hijo, y ahora se me presenta la ocasión de realizar mi sueño...sin verme obligado a cargar con ninguna mujer.

—Hay que darle nombre... Puesto que lo

único que sirve para reconocerlo es un billete de Banco... le llamaremos Bill—propuso “Pata de Palo”.

—¡Has tenido una gran idea, amigo mío! De verdad; hay veces que me figuro que tú has nacido para ministro.

“Pata de Palo” buscó en la habitación del capitán un “Compendio de conocimientos prácticos”, y enseñándoselo a Pedro, le dijo, indicándole varios capítulos:

—¡Con este libro estamos salvados! Aquí se explican todas las cosas de la vida, desde sacar brillo a las piernas de madera, hasta educar a los chicos.

Y mientras Pedro mecía a Bill, “Pata de Palo” se afanaba en meterse en la sesera los consejos que daba el libro acerca de la educación e higiene de los niños.

—Como que él iba a ser su “institutriz”!

\* \* \*

### *El pequeño piloto*

Pasaron los años, ligeros como meses, como días, y una vez más el “Grampus” cortaba gallardamente las olas.

Pero aquella vez era su piloto un personaje diminuto: el pequeño Bill, que a la edad de cuatro años debutaba en el manejo de la barra.

—¿Qué dirección llevamos, Bill?—preguntóle Pedro, orgulloso de que su ahijado fuese ya un hombrecito.



—¿Qué dirección llevamos, Bill?  
—Este, nordeste, capitán.

—Este, nordeste, capitán—respondió el muchacho con seriedad de persona elevada.

“Boby”, el perro mascota de a bordo, era un entusiasta de la música, y en cuanto “Pata de Palo”, durante los descansos en su oficio de cocinero, se lanzaba a los paraísos filarmónicos, él se entregaba al cultivo del do de pecho, pero de tal forma, que el músico tenía que irse con la música a otra parte, para no verse obligado a convertir en salchichas al imitador de Caruso.

Por haberse despedido repentinamente el segundo de a bordo, había sido embarcado en el último puerto, para substituirle, el piloto Martín Webber, aunque su reputación no era de las más intachables.

Su presencia en el barco no había sido del agrado de nadie, por sus maneras bruscas.

Aquel día, Martín, viendo a Bill en el aprendizaje de la barra, le apartó de la misma, diciéndole, sin contemplaciones:

—¡Largo del timón! ¡No quiero mocosos aquí mientras yo esté de guardia!

—¡Yo no soy un moco!—respondió Bill enojado, resistiéndose a obedecerle.

Pero Martín le obligó a marcharse.

“Pata de Palo”, que había presenciado la escena, se acercó a Martín y le hizo esta advertencia:

—Procure usted no repetir delante del patrón lo que acaba de decirle al chico, porque podría pasarlo mal.

Martín miró hostilmente al amigo de Pedro, y se encogió de hombros.

Un poco después, la gente de a bordo se alarmó al ver a Bill suspendido del castillo de proa con inminente riesgo de caerse al mar.

Pedro, enterado de lo que ocurría, quiso salvar él mismo a Bill, y lo logró, no sin esfuerzo y temeridad.

El niño refirió a su padre adoptivo el disgusto que había tenido con Martín, y a Pedro le faltó el tiempo para ir a censurarle su conducta al nuevo segundo de a bordo.

—Dice Bill que se fué al castillo de proa, porque usted le había llamado moco... Si le hubiera sucedido algo, en este momento no estaría usted vivo delante de mí.

Martín murmuró unas palabras de excusas, y

cuando se alejaba Pedro, vió que uno de los marineros iba a devolverle al capitán su chaqueta, que se quitara cuando fué a salvar a Bill, para facilitar sus movimientos, y de uno de cuyos bolsillos acababan de salirse la cartera y varios papeles.

La idea de enterarse de los asuntos particulares del capitán dictó a Martín el propósito de impedir que el marinero le llevase dicha americana, diciéndole al buen hombre:

—Trae. Yo se la llevaré.

Uno de los papeles que se cayeron de la cartera, fué la carta de Mary a la persona que se encargase de la tutela de su hijo. Martín la leyó, y después de examinar con sorpresa el medio dólar unido con un alfiler a la carta, metió ambas cosas en la cartera, celebrando el haberse enterado de que Bill no era hijo de Pedro, sino un miserable recogido en el arroyo.

El niño, como todos los días, se hallaba con "Pata de Palo", estudiando.

Al cabo de una hora de trabajo con los libros, dijo Bill:

—Por hoy ya hemos estudiado bastante, "Pata de Palo"... ¡Me canso de aprender!

—¡Pues es necesario que aprendas, no faltaba más! ¿Quieres ser tan ignorante como tu maestro?

—Bueno... Un poco, un poquitín más, y basta, ¿eh? Oye, "Pata de Palo"; ¿qué quiere decir esta palabra: *Optimista*?

—¿Optimista... optimista...? ¡Ah! ¡Ya lo sé!... Es una especie de médico de los ojos que fabrica gemelos para los teatros.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó Bill, horrorizado de que su "maestro" confundiese la magnesia con la Melanesia, la criada del señor Cheringúi, pongamos por caso.

Pedro, que había sabido por sus hombres que Martín no era un sujeto interesante, pues en el trato que daba a todo se echaba de ver que era una mala persona, tomó la determinación de despedirlo, a cuyo efecto fué a su encuentro, y le dijo:

—Mañana llegaremos a Southport. Allí dejará usted el barco para no volver más a él.

Martín, atribuyendo la conducta de Pedro a Bill únicamente, murmuró con un viejo marinero, junto a la ventanilla del camarote del capitán, que estaba en él, y que hubo de oirle:

—¡Ahora me despide, después de haberme amenazado de muerte!... ¡Y todo por un chiquillo recogido de la calle, que ni nombre tiene!

La ofensa dirigida a Bill por Martín, Pedro no la podía tolerar. Salió de su camarote, y cogiendo al insolente por la solapa de la americana, le asentó un puñetazo en el rostro, y otro, y otros más siguieron, al pretender golpearle, a su vez, Martín.

Bill, que presenciaba la riña, se puso a llorar, gritando a su padre con desesperado acento:

—¡No le pegues más, papá! ¡Tengo miedo!

Los gritos del muchacho hicieron cesar la pelea, pero Pedro, agarrando a Bill por los calzones, lo condujo a su camarote, y en él, severísimo, le miró a los ojos, y le riñó como nunca lo hiciera:

—¿De modo que mi hijo es un cobarde? ¡Yo creía que era un hombre fuerte y ahora me resulta

una señorita miedosa! ¡Eso no será! ¿Lo oyes? ¡No será! ¡Ahora, prepara los puños y pégame fuerte por haberte insultado!

Bill, que contenía su gana de llorar, no se atrevía a tocar siquiera a su padre adoptivo, y Pedro insistió en que le pegase.

—¡Bah! ¡No harías daño ni a una pulga!... ¡Pega fuerte, cobarde, gallina! ¡Pega fuerte, con rabia!

El niño, enardecido por estas palabras, golpeó más fuerte cada vez, y temiendo hacerle daño a su padre, explotó llorando de coraje:

—¡Yo no soy una señorita miedosa ni soy un cobarde! ¡Sujétame, sujetame, o te haré más daño todavía!



*...y le besó una y mil veces con verdadero cariño de padre.*

Y volvió a pegar, pero sus puños parecían llorar también.

—¡No, no soy un cobarde! ¡Quiero hacerte besar el suelo!—continuó nerviosamente.

Pedro se detuvo a observarle, y vió en sus ojos tan infinita pena, que comprendió que su hijo no era un cobarde, sino que pegarle a él, su padre, o ver que otro hombre podía pegarle, le partía el alma. Y emocionado, amenazando asomar por sus ojos lágrimas de ternura, se abrazó al niño, y le besó una y mil veces con verdadero cariño de padre.

#### *Al borde de la desesperación*

En aquellos años transcurridos, el dolor y la miseria no habían abandonado a Mary Webber, y eran a la sazón en Southport, a donde la habían llevado viejos recuerdos, sus compañeros inseparables.

Habituaba en una casa de huéspedes regentada por dos hermanas solteronas, sin un átomo de piedad para los desgraciados.

Así, no fué de extrañar que Mary, imposibilitada de hacer frente a sus compromisos de pago de su habitación, fuese conminada a abandonarla en el término de veinticuatro horas.

Una de las hermanas se encargó de echarla a la calle, sin contemplaciones de ninguna clase; y cuando hubo hecho tal cosa, volvió al lado de su pariente, y le dijo, convencida de haber obrado de acuerdo con la lógica:

—La he despedido. ¡No sé cómo hay gente tan abusona!

Sola en el mundo, arruinada moral y materialmente, Mary dejó vencerse por la idea de desaparecer para no sufrir más.

Dirigióse hacia el mar, donde las aguas le ofrecerían el bálsamo que cerraría todas sus heridas.

El "Grampus" acababa de llegar a Southport. Al desembarcar Pedro, con Bill y "Pata de Palo", Martín, que lo hiciera antes, se acercó al primero, y le dijo, amenazador:

—Capitán, me pagará usted lo que ha hecho conmigo, aunque a ello tenga que dedicar lo que me queda de vida.

Pedro echó en saco roto la amenaza, y repuso, indiferente:

—Haga usted lo que quiera. Lo que le advierto es que si vuelve usted a cruzarse en mi camino, no saldrá tan bien librado como ahora.

Separóse de él Martín, y entonces, Pedro dijo a "Pata de Palo" y a Bill:

—Ahora podéis ir a casa, mientras yo voy a informar a la oficina.

Bill pretendió acompañar a su padre adoptivo, pero Pedro no se lo permitió, para evitarse dar explicaciones acerca del niño a los armadores, como otras veces que le vieron.

Bill se resignó a ir a casa con "Pata de Palo", más he aquí que sus ojos se fijaron con insistencia en lo que hacía una mujer, Mary, al borde del agua. Aproximóse silenciosamente a ella, y tocándole en un brazo, le preguntó:

—¿Ha perdido usted algo, señora?

Mary miró al niño, recordó a su hijito, que tendría su misma edad, que lo era, aunque ella estuviese lejos de suponerlo, y le respondió:

—Sí, he perdido algo... algo que no podré encontrar nunca...

—Yo la ayudaré a usted—ofreciéle Bill—. A bordo dicen que soy muy hábil para encontrar cosas perdidas.

La ingenuidad del niño llegó al corazón de Mary, y dada su debilidad, acrecentada al evocar a su querido niño, desaparecido, sintióse repentinamente enferma.

Bill llamó a "Pata de Palo", y juntos auxiliaron a la desmayada mujer, conviniendo en llevársela a su casa, para que en ella se recobrase completamente.

En tanto, en una taberna de los barrios marítimos, Martín encontraba a Jorge Pranet, un marinero que, como él, tenía motivos de resentimientos contra el capitán del "Grampus", y que era tan bruto o más que su compañero.

Los dos hombres hablaron del Capitán, y dijo Jorge a Martín, rencoroso:

—¡Bueno es ese tío! ¡A mí una vez me dejó en tierra en las islas de Hawai! ¡Esa no se la perdonó!

Martín se sonrió, y precisóse en su mente la idea de vengarse de Pedro, con la complicidad de Jorge.

El niño que había salvado a su madre, sin que ni ella ni él supieran que por sus venas corría la misma sangre, trataba, en el hogar del capitán Pedro, de divertir a Mary ejecutando algunos ejer-

cicios acrobáticos que le había enseñado su padre adoptivo en el barco, y la infeliz se mostraba animada.

Cuando llegó Pedro, su sorpresa fué mayúscula al encontrar en su casa a una mujer, desconocida para él.

Interrogó con la mirada a "Pata de Palo" y a Bill. ¿Qué hacía allí aquella intrusa?

Mary había vuelto a sufrir un ligero desmayo.

—La encontramos en el muelle... Tiene hambre, papá, dice "Pata de Palo".

La aversión de Pedro a las mujeres no podía rezar en aquellos momentos en que una mujer se moría de debilidad. Apresuradamente ordenó a "Pata de Palo" que preparase comida, y a poco, Mary comía con los tres hombres—pues Bill no se consideraba menos.

Martín y Jorge habían llegado a un acuerdo para vengarse juntos de Pedro, y en el domicilio del segundo fueron a planear su venganza.

Después de comer en el hogar de Pedro, Mary se dispuso a marcharse, para lanzarse de nuevo en el torbellino de su vida.

Bill, que le había cobrado gran afecto, le dijo:

—¿Por qué no se queda usted aquí para siempre, señora? Papá es muy bueno y la trataría a cuerpo de rey...

Ella le besó con frenesí, y detuvo unas lágrimas en sus párpados.

—No sé cómo agradecerle, capitán, su amabilidad...—murmuró la infeliz a Pedro, disponiéndose a salir.

Bill insistió en sus deseos:

—No se vaya usted, señora... Me gustaría tanto que se quedase con nosotros...

Ella le acariciaba, llena de gratitud, pero avanzaba hacia la puerta. Debía marcharse. Todo el mundo debía ignorar su historia, para sufrir sola el error de haber abandonado a su hijito.

—¡Papá, dile tú que no se vaya!—suplicó Bill a Pedro, como último recurso.

Y Pedro, que, más fuerte que su voluntad, sentía que Mary se marchase, no pudo menos de complacer a Bill.

—Yo no era muy partidario de las señoras, pero al verla a usted he variado de opinión... Quédese usted... Cuidará usted del niño, de la casa, de nosotros... ¿le parece bien?

"Pata de Palo", contagiado de la ansiedad de su capitán, esperaba la respuesta de Mary, a la que Bill no cesaba de aconsejarle que contestase afirmativamente.

La proposición que se le hacía, convenía a Mary. Cuidando del niño se aliviaría su corazón que lloraba eternamente la perdida de su hijo, y cuidando de la casa correspondería a las bondades de quien de tan afectuosa manera le brindaba hospitalidad.

Y aceptó.

—¿De veras?—dijo Pedro.

—¡Bravo!—exclamó "Pata de Palo", permitiéndose por primera vez darle un golpe de confianza en la espalda a su jefe, que no dejó de asombrarse de tal libertad.

Y "Pato de Palo" estaba tan contento, que

cogió su instrumento musical y sopló en él para arrancarle una marcha triunfal.

Pero en la calle, "Boby", que en las encrucijadas de la vida había hecho conocimiento con una gentilísima "mademoiselle" canina, con la que estaba pelando la pava, correspondió con ladridos a la música, para disgusto del virtuoso, que se daba a todos los demonios, porque ni en tierra firme podía librarse del coro.

\* \* \*

### *Ha entrado una mujer*

Algunos días después, el refugio que había encontrado Mary era la comidilla de las comadres.

Las dueñas de la casa de huéspedes, que despidieran a Mary porque se atrasó en el pago de su habitación, encontraron en la calle a Pedro, y le detuvieron para decirle:

—Capitán, nuestro deber es advertirle que esa joven es absolutamente desconocida en el pueblo... Nadie sabe nada de su pasado...

A lo que Pedro, condenando la murmuración, replicó:

—¿Saben ustedes lo que pienso, señoras? Que el mundo andará bien cuando todos se preocupen de arreglar su casa en vez de desarreglar la del vecino.

Y se supone la cara que pusieron las maldicentes.

Persistiendo en su idea de vengarse de Pedro, Martín y Jorge se acercaron, aquella mañana, a

la casa, en la que sabían había sido recogida una mujer, y sorprendieron a ésta despidiendo desde la escalera del hogar al Capitán, que salía un momento con "Pata de Palo".

Martín, al ver a Mary, ahogó una exclamación de asombro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jorge.

Martín le cogió por un brazo, y le dijo al oído:

—¡Agárrate, Jorge! ¡Esa es mi mujer!

### *Los miserables*

La ocasión era que ni pintada para que Martín entrase en la casa de Pedro y se entrevistase a solas con Mary. Era cierto que Bill jugaba en el jardín, pero como ya se conocían, fácil le fué engañar al chiquillo con algunas caricias, para que continuase jugando.

Mary estaba en la cocina. Martín empujó la puerta de la casa, e internóse en el comedor. Se detuvo en el centro del mismo, esperando a que su mujer advirtiese su presencia.

Al verle, de pronto, Mary dudaba que fuese Martín, su marido, el que estaba allí.

—¡Tú! ¡Eres tú! ¿Cómo supiste mi paradero?

—Todo se sabe, hija mía... Vamos, veo que al fin has dejado de pasar fatigas y te has agenciado una buena casa... No es que me importe lo que hagas. Para mí, has dejado de ser mi esposa hace mucho tiempo. Pero tengo ciertas cuentas pendientes con el dueño de esta casa...

—¡Oh, Martín, si me quisieras un poco, un

poco nada más, sentirías agradecimiento por ese hombre! ¡Fue él quien me recogió cuando estaba hambrienta y quería suicidarme!

—¿Y dónde está nuestro hijo?

—Cuando tú me abandonaste, vine a este pueblo y lo dejé a la puerta de una casa. Muchas veces he vuelto, pero nunca he podido saber nada de él...

—Ya... ya...

—Puse en las ropas del niño la mitad de un dólar para reconocerlo... La otra mitad la guardo yo...

—¡¡Cómo!!...

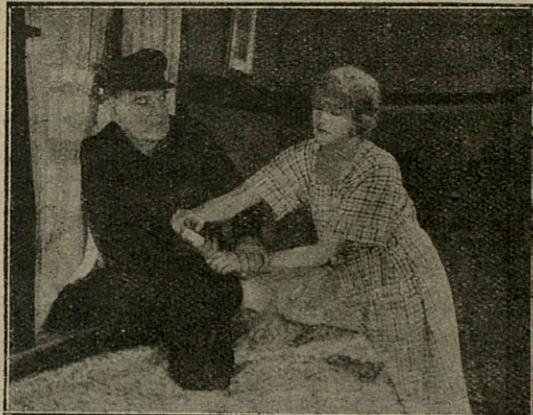
Aquella revelación demostraba que Bill era hijo de Mary y de Martín. Este guardóse el secreto, para vengarse de Pedro, que quería al niño como a un hijo, y logró que su mujer, incautamente, le mostrase la otra mitad del billete que permitiría rescatar al pequeño.

Cuando Martín tuvo al alcance de su mano esa mitad de billete, cuya otra mitad la tenía Pedro en su cartera, trató de arrebatarla a Mary; pero ella se resistió a ello, temiendo que el indigno esposo pudiese encontrar al niño y se lo llevase lejos de ella, para darle el peor ejemplo con su conducta de hombre sin alma.

Forcejaron los dos un rato. Procedente de fuera, oyóse rumor de voces, y en un último esfuerzo, Martín quitó a su mujer el medio billete, y huyó por una ventana.

Las voces de fuera eran de Pedro y de Bill. El primero decíale al niño:

—¿Quieres que nos llevemos a Mary mañana



*Martín quitó a su mujer el medio billete, y huyó por una ventana.*

en el barco, Bill? Anda, pregúntale si se vendría con nosotros.

El niño entró en la casa cuando apenas Martín había salido de ella. Mary ocultó su turbación. Detrás del niño entraron Pedro y "Pata de Palo".

—Papá quiere que te embarques mañana con nosotros... ¿Verdad que sí que vendrás? —preguntó a la infeliz el niño.

Mary, sorprendida por la proposición, reflexionó unos momentos, al cabo de los cuales, decidida a desaparecer de su marido, del que jamás lograría nada bueno, aceptó.

Pedro no parecía el mismo. La respuesta de Mary le rejuveneció instantáneamente. ¡Oh! ¡Tenerla a su lado durante el viaje!

Bill triunfaba de pleno, y "Pata de Palo", como la primera vez que Mary hubo de contestar a una pregunta del Capitán, dió a éste un golpe en el hombro, olvidándose de las distancias...

Con el medio dólar en su bolsillo, no tardó Martín en buscar la ayuda legal del juez Norton, de Southport.

El juez no simpatizó con Martín, pero para proceder con éxito, ateniéndose a sus declaraciones, le dijo:

—Si estuviese el niño en poder de usted, sería más fácil hacer arrestar a su esposa y al que vive con ella.

Jorge indicó con un guiño a Martín que era cosa fácil robar al niño, y con esta esperanza salieron de casa del juez.

Por la noche, sabiéndose amparados por los brazos de la Ley, Martín se apoderó del niño, sin que nadie lo advirtiese, y lo llevó a la casa de Jorge, situada en una barcaza.

Pero "Boby" siguió a Martín, y regresó a la casa, indicando con sus saltos y lamentos, que había sucedido algo grave en el hogar.

Pedro, intrigado, siguió al perro hasta la habitación de Bill, y vió que éste no estaba en su cama.

Mary y "Pata de Palo" iban de un lado a otro, sin saber lo que hacían, y Pedro, guiado por "Boby", al que se unió su "novia", fué a la casa flotante de Jorge.

Martín decía a Jorge, entreteniéndose con una baraja:

—Resulte o no lo que dijo el juez, por lo

pronto el chico está en nuestro poder, lo que sin duda no le hará mucha gracia al capitán Duncan.

Pedro se acercaba a la casa donde estaba encerrado Bill, y derribó la puerta aunando sus energías.

Jorge y Martín le esperaban apostados a un lado de la habitación, que dejaron a oscuras, pero Pedro, que tomó todas las precauciones, pególes duro, y fuera de combate Martín, hizo frente con fiereza al bruto de Jorge, que intentó clavarle un



...desviándole el arma Bill, que saltó de la cama, colgándose al cuello del que pretendía hacer daño a su padre adoptivo.

cuchillo en el corazón, desviándole el arma Bill, que saltó de la cama, colgándose al cuello del que pretendía hacer daño a su padre adoptivo.

Y Bill y Pedro pudieron, sanos y salvos, regresar al hogar, donde les esperaban angustiosamente Mary y "Pata de Palo".

### *Lo imprevisto*

Al día siguiente, por primera vez en los anales del "Grampus", una mujer se instaló en los camarotes destinados al capitán.

"Boby" se despedía desde cubierta de su "novie", que lloriqueaba en el muelle. De súbito, la perra, loquita perdida por "Boby", se arrojó al agua para reunirse con su pareja.

Pedro vió la tierna escena, y ayudó a subir al barco a la enamorada, que volvió a vivir al fundir su hálito con el de "Boby".

Había buen viento y pronto surcaría las aguas el "Grampus".

Inopinadamente, presentóse la policía, con Martín y Jorge.

—Tengo orden de detener a usted y de devolver el niño a su padre, aquí presente: el señor Martín Webber —dijo el representante de la autoridad, a Pedro, que quedó atónito ante aquella revelación.

Mary, al oír que Bill era su hijo, abrazóle con frenesí, dando gracias al cielo por haberle encontrado.

Pedro vió claro el juego de Martín y Jorge, y contestó a la autoridad:

—No puedo negarme a restituir el niño, puesto que este hombre es su padre, y a entregarme preso para justificar mi conducta con dicho

nino. Permítame que vaya a decir a mi lugarteniente que prepare mis cosas.

El Capitán y "Pata de Palo" hablaron secretamente.

En tanto, Mary suplicaba a su marido:

—¡Martín, no me quites a mi hijo ahora, después de haberme proporcionado la alegría de tenerlo en mis brazos sabiendo que es él!



—¡Martín, no me quites a mi hijo ahora, después de haberme proporcionado la alegría de tenerlo en mis brazos!

—Lo que menos me importa es el chico; lo que me importa de veras es poder vengarme del capitán—contestó Martín.

Un poco después, "Pata de Palo" notificó a Pedro que el barco se hallaba ya lejos del puerto.

Entonces, Pedro, dirigiéndose enérgicamente a los miserables y al policía, les dijo:

—Ahora, señores, me toca hablar a mí. ¡Estamos en alta mar, y aquí soy la única y suprema autoridad! ¡Ahora todos ustedes me van a hacer el favor de salir de aquí!

Pedro estaba decidido a todo para no perder a Bill y a su madre, que serían dos desgraciados si los dejaba en manos de Martín.

Los miserables replicaron:

—¡No será sin llevarnos al niño!



—¡No será sin llevarnos al niño!

El policía trató de contener a los hombres, pero la lucha de Martín con Pedro fué inevitable, y Jorge, para defender a su compañero, lanzó un cuchillo en dirección a Pedro, pero con tan

mala puntería, que se clavó en Martín, matándole, muriendo también en la lucha el pobre "Boby", defendiendo a su amo.

Pedro obligó al policía a llevarse a tierra el cuerpo de Martín, con Jorge detenido para responder de su muerte, y el "Grampus" siguió mar adelante; y el pobre "Boby", que no era más que un perro, fué arrojado al mar con los honores de un héroe.

• • • • •  
Pasó el tiempo, haciendo más suaves las tristezas, extendiendo sobre los dolores su palio de olvido...

Y un día, acercándose Mary a Pedro, que guiaba el timón, le alentó con el fuego de sus miradas a decirle algo muy agradable:

No se oyó la pregunta, pero la respuesta bastaba.

Y como los brazos de Pedro se separaron del timón para estrechar el delicado cuerpo de Mary, el barco perdió la dirección...

No importaba. Fuese a donde fuese, iba con rumbo a la felicidad.

Mientras, "Pata de Palo", en la puerta de la cocina, soplaban en su instrumento musical, sin que ¡cosa rara! la "viuda" del pobre "Boby" protestase.

¡Qué suerte para el amigo de Wagner!

FIN

Con esta novela exija V. la postal de Paulette Duval

## PRÓXIMO NÚMERO

La dramática novela

## **BAJO EL LÁTIGO**

Protagonistas: GLORIA SWANSON  
y MAHLEN HAMILTON

Gran asunto Importante desarrollo

Numerosas fotografías

32 páginas Precio: 30 cts.

Postal regalo: HARRISON FORD

LA NOVELA FILM sale todos los martes

*Los Grandes Films*

de

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

han publicado recientemente los grandes asuntos

Cuando las mujeres aman

El Capitán Blood

Más fuertes que su amor

ELLA.....

Demasiadas mujeres

Nobleza bafurra

\*

¿Ha comprado usted ya la gran novela

## **CENIZAS DE ODIO?**

Protagonista: NORMA TALMADGE

## **IMPORTANTE**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

## **IMPORTANTE**

### **A los corresponsales**

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momento desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesita a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÚN.